

DISCURSO II.

SOBRE LA OCIOSIDAD Y SUS FUNESTAS CON- SECUENCIAS.

Quid hic statis tota die otiosi. S. MAT. CAP. XX.—6.

¿Qué haceis aquí todo el día ociosos?

ES observacion que naturalmente ocurre, y que se ha hecho frecuentemente, que las representaciones de la vida del Cristiano en la Escritura están tomadas de escenas activas, como de hacer continuada guerra, ejercitarse en la carrera, esforzarse en entrar por una puerta estrecha, y como en el presente texto, trabajar en una viña. Deduce de aquí claramente que se requieren del Cristiano varios deberes activos, y que la pereza é indolencia son incompatibles con la esperanza de los cielos.

Pero no ha dexado de suponerse algunas veces, que la industria, como materia de deber, concierne solamente á los intereses y ejercicios espirituales; y que puede ser muy ocupado como cristiano el que es muy ocioso como hombre. Por esto, entre algunas denominaciones de Cristianos, ha prevalecido cierta opinion, de que para encontrar la perfeccion religiosa era indispensable buscarla en el retiro monastico, de donde es excluida toda funcion activa de la vida civil, y en donde el hombre llena absolutamente todo su tiempo con ejercicios de devocion. Los que opinan de

esta suerte proceden de la suposicion que la religion tiene poca ó ninguna intervencion con las ocupaciones de la vida activa, y que no se mezcla de las comunicaciones reciprocas de los hombres. Imaginanse que el perfecto Cristiano debe vivir una especie de vida angelical, separado de los negocios y gustos de este mundo despreciable. El evangelio, por el contrario, representa la religion de Cristo como destinada para beneficio de la sociedad humana. Considera al hombre como empeñado en los negocios de una vida activa, y de consiguiente dirige sus exórtaciones á todas las clases y condiciones; al magistrado y al subdito, al rico y al pobre, á los que compran y á los que venden, á los que *usan* y á los que *abusan* del mundo. Cierto es que algunos deberes demandan retiro y solitaria meditacion, pero las obligaciones mas numerosas é importantes, han de ser cumplidas en medio del mundo, en donde se nos manda *brillar como la luz, y por las buenas obras glorificar á nuestro Padre celestial*. Este mundo, como el texto lo representa, es la viña de Dios, en que á cada uno de nosotros se le há asignado la tarea que ha de executar. No hay condicion ó periodo de la vida de que no se requiera trabajo. A la hora de tercia, á la de sesta ó á la de nona, se nos manda trabajar si no queremos incurrir en esta reprehension del gran Señor de la viña, *¿Qué haceis aquí todo el día ociosos?* Convengo en que podemos estar muy ocupados en muchas cosas y negligentes con todo en el *negocio necesario*; podemos ser muy activos, y estar sin embargo muy mal empleados. Pero aunque pueda una persona ser industriosa y nó religiosa, debo amonestaros al mismo tiempo, que ningún hombre puede ser ocioso sin ser culpable, y esto es lo que procuraré probaros en la sequela del presente discurso, en que me propongo reprender un vicio muy comun, por desgracia, á todas las clases de la sociedad. Los superiores advierten á los inferiores, y los padres repiten á sus hijos que la ociosidad es madre fecunda de toda culpa, quando en la practica presentan ellos mismos el ejemplo de lo que reprueban en otros. Haré por manifestaros, que el hombre ocioso es, en todos respectos, necio y criminal; que no vive ni para Dios, ni para el mundo, ni para sí mismo.

I. No vive para Dios. El grande y sabio Criador nada hizo en vano, y una mediana reflexion basta para convencer á cada uno de que fue enviado al mundo para algun destino util. La naturaleza del hombre no lleva marcas de frivolidad y negligencia. Fué este colocado al frente de todas las cosas en el baxo mundo y provisto con gran preparacion de facultades y potencias; fué ilustrado por la razon en muchos descubrimientos importantes, enseñado por la revelacion á considerarse como rescatado de la miseria por la muerte de Jesu-Cristo, y destinado á elevarse gradualmente á una condicion mas sublime en el universo de Dios. En tal situacion, distinguido, favorecido y asistido por su Criador, ¿podrá esperar serle aceptable si en lugar de esforzarse en aprovechar el tiempo y dedicarse á utiles ocupaciones, no vive con otro destino que el de abandonarse á la indolencia, consumir los frutos de la tierra y pasar sus dias en un sueño de vanidad? La existencia es un depósito sagrado, y el que lo malgasta y desperdicia es un traidor á su Autor. Echad la vista al rededor, y se os presentará el universo entero lleno de activo poder: la accion es, por decirlo así, el genio de la naturaleza. Por la fuerza y movimiento es preservado en vigor el sistema de los seres: por la constante y subordinada accion de las diferentes partes se conserva el todo: los cuerpos celestes corren el espacio en perpetuo giro: el dia y la noche reproducen incesantemente su curso señalado: continuas operaciones se suceden en la tierra y en las aguas: nada está inerte: toda es vida y agitacion en el universo.—Y en medio de esta activa y animada escena, ¿solo el hombre ha de permanecer perezoso en su lugar? ¿Correspondele existir en la creacion como unico ser indolente, quando tanto se le ha asignado para hacer, quando por tantos modos pudiera perfeccionar su naturaleza, promover la gloria del Dios que lo hizo, y contribuir con su parte al bien general?

Difícilmente habrá sentimiento mas natural ó universal que el de que somos responsables á Dios; sentimiento que ni el hombre mas protervo puede sofocar enteramente. Casi todas las naciones han convenido en que vendrá un periodo en que el Om-

nipotente obrará como Juez de sus criaturas; y la conciencia ha erigido ya un tribunal en que anticipa la sentencia que entonces será pronunciada. Ante este tribunal presentémonos algunas veces con serio pensamiento, y consideremos que cuenta daremos de nuestra conducta á Aquel que nos dió la existencia. „Te coloqué, dirá el gran Juez, en un puesto, en que tuviste muchas ocasiones de accion, y muchas oportunidades de perfeccionarte. Se te enseñó, y aprendiste tu deber. Te continué la vida por el curso de años. Te rodé de familia y amigos á quienes pudieras ser util. Te dí salud, conveniencia, tiempo y ventajas de situacion. ¿En donde están los frutos de los talentos que poseiste? ¿que bien te has hecho á tí mismo? ¿qual á los otros? ¿Como has desempeñado tu puesto y correspondido á tu destino en el mundo? Muestrame tus servicios á tu patria. Presenta alguna prueba de que no has existido en vano del todo.”— Piensen los que al presente no son mas que carta blanca en el mundo, y peso á la tierra, que respuesta darán á tan terribles preguntas.

II. El ocioso no vive para el mundo y sus semejantes mas que para Dios. Si hubiera algun hombre con derecho á no cuidar mas que de sí mismo y á ser independiente de los demas, pudiera considerarse libre para entregarse en brazos de un ocio solitario sin ser responsable á los otros del modo de vida que escogió: pero semejante persona no existe sobre la faz de la tierra, desde el monarca en su trono hasta el mendigo en su choza. Estamos todos enlazados unos con otros por varias relaciones, que forman una cadena de mutua dependencia cuyos eslabones alcanzan desde la mas elevada, hasta la mas miserable condicion de la sociedad. No es posible que el orden y felicidad del mundo se conserven sin continua circulacion de activas obligaciones y reciprocos oficios que todos deben prestar á su vez. Los superiores no son mas independientes de sus inferiores que estos lo son de aquellos. Cada uno tiene reclamos y demandas sobre otro, y el que, en qualquiera estado de la vida, reusa contribuir con su porcion al fondo general de felicidad, merece ser proscripto de la sociedad como miembro indigno.

Si alguno no quiere trabajar, no coma, dice S. Pablo: si nada quiere hacer para cooperar á los fines de la sociedad, tampoco tiene derecho á gozar de sus ventajas.

Se ha supuesto algunas veces que la industria y diligencia son deberes unicamente del pobre, y que las riquezas confieren el privilegio de la ociosidad. Tan lexos está de justificar esto la razon, aunque sea lo que regularmente sucede, que quanto mas elevada es la condicion del hombre, tanto mas crece la obligacion de ser util, porque se multiplican entonces las demandas de su asistencia y se ensancha la esfera de sus deberes activos. Aun suponiendo exención de servicios á los inferiores, y abolida toda relacion entre superiores y súbditos, subsiste sin embargo entre iguales. Si no hay hombre por grande que sea en riqueza y dignidad que no necesite frecuentemente de los buenos oficios de sus amigos ¿cree que él nada les debe en retorno? ¿Puede cruzar los brazos con indolente egoismo, aguardando que le sirvan los otros sin servir á ninguno?—Quando no hubiese otros motivos que reclamasen la industria sino la relacion que liga á cada uno con su propia familia, este solo recuerdo debiera cubrir de verguenza al perezoso. ¿Pretende amar á aquellos con quienes se halla enlazado por los vínculos más caros, y sin embargo no se pondrá en movimiento para guiarlos, sostenerlos, y adelantarlos en el mundo?—Quan inmoral y cruel es la conducta del que reposa blandamente quando la necesidad y exigencias de una familia destituida gritan, pero en vano, por sus vigorosos esfuerzos! ¿y es este un marido, un padre, un amigo que merezca ser honrado con tan sagrados nombres? quantos clamores no se levantarán contra él en el ultimo dia! Tiemblen tales personas al recordar las tremendas palabras de la Escritura, pues está escrito en la primera epistola á Timotheo, capítulo quinto y verso octavo, *Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, negó la fé, y es peor que un infiel.*

III. El ocioso no vive con mas utilidad para sí mismo que para el mundo, aunque las personas de semejante caracter dirigen su conducta por una disposicion enteramente opuesta, imaginándose que si faltan por una parte al deber, al menos consul-

tan por otra á su propia satisfaccion. Creen que dexan á otros las penalidades de la vida, y se concentran ellos en el círculo de las delicias y holganza. Pues en contradiccion á esto, yo afirmo y espero probar, que el hombre de ocio, primeramente cierra la puerta á todo adelantamiento; en segundo lugar, que la abre á todo vicio ruinoso; y por ultimo que excluye de sí la verdadera fruicion del placer.

Primeramente. Cierra la puerta á todo adelantamiento, sea de alma, de cuerpo ó de fortuna. Es ley de la naturaleza y de nuestra condicion, que nada bueno y grande puede adquirirse sin trabajo é industria, y por eso la Providencia ha asignado un premio para todo. Puede la industria no ser recompensada algunas veces así como la carrera puede no ser siempre *para el mas ligero, ni la batalla para el mas fuerte*. Pero es cierto al mismo tiempo, que en el curso ordinario de las cosas ni la batalla puede ser ganada sin fuerza, ni obtenida la victoria de la carrera sin ligereza. „En todo trabajo hay provecho, dice el Sabio: pero el perezoso desea y nada tiene.” Sea que se consulte á los progresos del alma ó á la salud del cuerpo, es bien sabido, que el ejercicio es el grande instrumento para promoverlos, al paso que la pereza debilita igualmente las potencias mentales y del cuerpo; y así como engendra enfermedades en el sistema animal, del mismo modo produce en las facultades del alma una fatal escoria que las corroe y destruye, haciendo descender el mas brillante genio al nivel del mas limitado entendimiento. Las grandes diferencias que observamos entre los hombres, no tanto son debidas á la distincion que la naturaleza ha marcado en las potencias originales, quanto á la superior diligencia con que unos las han perfeccionado más que los otros. Inutilmente poseemos las semillas de grandes habilidades si las dexamos dormidas dentro de nosotros mismos; y no es su oculta posesion, si no el activo ejercicio de ellas lo que les dá merito. Miles á quienes la independencia ha hundido en la mas despreciable obscuridad, pudieran haber sido elevados á alta distincion, á no haber frustrado la pereza los efectos de sus excelentes disposiciones.

En lugar de medrar, todas las cosas declinan para el perezoso.

Vé, su caracter caído en desprecio, su fortuna consumida, el desorden, la confusion y el embarazo en toda su situacion. Observad con que vivos colores pinta Salomon el estado de sus negocios. „Pasé por el campo de un hombre perezoso, y por la viña de un hombre necio: y ví que estaba todo lleno de ortigas, y las espigas habian cubierto su superficie, y la cerca de piedras estaba destruida. Lo que habiendo yo visto, púselo en mi corazon, y con este exemplo aprendí doctrina.” * A mas de esto, emendado de los infortunios que la pereza atrae sobre sus partidarios, forzados están estos á someterse á innumerables mortificaciones conscientes á su vergonzosa conducta: tienen que pasar por verse despreciados del sabio y virtuoso y desdeñados de la parte mas prospera de la especie humana: tienen que verse pospuestos á todo competidor en puesto ó fortuna: veense obligados á humillarse ante personas, ahora sus superiores en el mundo, á quienes en otro tiempo hubieran desdeñado reconocer como iguales.—Y es así como el hombre vive para sí mismo? ¡y son estas las ventajas que se prometía de descansar en el regazo de la blanda indolencia? Suavísimos parecerán los primeros albos, pero pronto se descubrirán innumerables espinas. ¿Hasta cuando dormirás, perezoso? ¿Cuándo te levantarás del sueño? „Un poco mas, tendrás las manos cruzadas para descansar: y te sobrevendrá la necesidad como correo, y la mendicidad como hombre armado. † Pero no es esto mas que una parte de los males que sobre sí traen las personas de semejante descripcion.

En segundo lugar; al paso que de este modo cierran la puerta á todo progreso, la abren de par en par á las extravagancias y vicios mas destructivos. El corazon no puede permanecer siempre sin ocupacion, y sus pasiones necesitan algun exercicio; si no les proporcionamos empleo útil, no hay que dudarlo, se sublevarán en tumultos y desordenes. Quando no nos ocupamos en lo bueno, el mal se presenta á la mano; y por eso dice la Escritura que al momento que Satanás halló vacía la casa, tomó posesion de ella y

* Proverb.—Cap. XXV.—30, 31, 32.

† id.—v. 33 y 34.

la llenó de *espíritus malos*. Todo hombre que recuerde su conducta, estará convencido de que sus horas de ociosidad han sido siempre las mas peligrosas al honor y á la virtud; porque en ellas es en la que se levantaron los deseos criminales, en ellas sugirió sus designios el espíritu de maldad, y en las mismas se forjaron los planes, que al fin llenaron toda su vida de inquietud y amargura. Y si algunos periodos de ociosidad resultaron tan peligrosos ¿que no producirá un habito continuado? La indolencia habitual mina toda virtud y excelente disposicion del alma. Las pasiones violentas corren desbocadas y terminan, semejantes al rapido torrente que espuma, se hincha y arrebata quanto encuentra: pero despues de haber inundado las orillas, se abate la impetuosidad y retrocediendo por grado á su alveo natural, puede ser reparado el mal que causó. La ociosidad es comparable al arroyo lento y putrido que estancado en pantanos, engendra animales ponzoñosos y plantas venenosas, inficionando con sus pestilentes vapores todo el pais que le rodea. Una vez que ha tocado al alma no le deja parte ilesa, y al mismo tiempo, no despierta á la conciencia con aquellas alarmas que frecuentemente produce la erupcion de mas ardientes y violentas conmociones. La enfermedad con que ataca, es mas insensible é insidiosa, y por lo mismo, ciertamente mortal.

Un efecto constante de la ociosidad es alimentar las pasiones y por consiguiente aumentar sus exigencias quando por otra parte nos priva de los medios propios para satisfacerlas. Si el industrioso dirige sus deseos á la opulencia ó consideracion, á las conveniencias ó esplendor de vida, puede llenarlos por medios francos y licitos. El perezoso tiene los mismos deseos que el industrioso, pero no los mismos recursos para conseguir sus fines honrosamente. De aquí el origen de los multiplicados crímenes á que diariamente dá origen la ociosidad en el mundo, y que tanto contribuyen á violar el orden y turbar la paz de la sociedad.—En general, los hijos de la ociosidad pueden ser divididos en dos clases de hombres: á las que insensiblemente vienen á parar, y los de una y otra pueden justamente ser llamados hijos del demonio. Porque ó incapaces de todo esfuerzo descenden hasta la última vileza de carácter, y sin rubor se asocian con el ebrio y

disoluto entre la turba de libertinos, hasta que la miseria los sorprende ó sucumben á la enfermedad; ó bien conservando algunos restos de vigor, se ven impelidos por sus pasiones á aventurar tentativas desesperadas para reparar la fortuna arruinada. En este caso, emplean las artes del fraudulento jugador, ú otras parecidas, para engañar al incauto; se unen al bandolero para robar en el camino, ó con el ladron y salteadores infestan la ciudad por la noche. De esta clase están pobladas nuestras prisiones, y ella suministra al patibulo las lugubres amonestaciones que desde él se pronuncian á la muchedumbre.—Tales son frecuentemente las tragicas, pero bien conocidas consecuencias del vicio que estoi reprobando.

En tercero y último lugar, por peligrosa que sea la ociosidad á la virtud; ¿no hay placeres se preguntará, que le acompañen? ¿No hay alguna razon para defenderla como que alivia de los opresivos cuidados del mundo; y solaza el alma con una apacible satisfaccion que no es posible hallar entre las fatigas de una vida activa y laboriosa?—Menos que ninguna otra le concedéremos esta ventaja. Ningun hombre puede abogar por un trabajo incesante. Gozar descanso y grato reposo, lo exige la naturaleza y la virtud lo aprueba. Pero lo que aseguro és, que no hay mayor enemigo del goce vivo y animado de la vida como un indolente y relaxado habito del alma, porque el que no sabe lo que es trabajar, ignora lo que és gozar. La felicidad de la vida humana consiste en seguir algun fin ú objeto laudable que tenga dispiertas y avivadas sus facultades, y mas consiste en la prosecucion que en la consecucion de algun bien. Agradable es el descanso precedido del trabajo; pero quando el espíritu se ha permitido permanecer en continua inaccion, todas sus potencias desfallecen; cae en languidez y tedio, y los placeres que se propuso gozar por descanso terminan en hastío é insipidez. Dé testimonio de esta verdad aquella especie miserable de hombres que despues de haber empleado una gran parte de su vida en activa industria, se retiraron á lo que se imaginaban una grata fruicion de sí mismos en rica inaccion y profundo reposo. En donde aguardaban encontrar un eliseo, no han hallado otra cosa que un

horroroso y desconsolado desierto: arrastran los dias en uniforme languidez con la triste memoria de las alegres horas que pasaban quando estaban atentos á las honestas ocupaciones y trabajos del mundo.

Apelamos á todo el que tenga algun conocimiento ú observacion de la vida á que diga quien, del ocupado ó del ocioso, goza mas agradablemente de sí mismo. Comparenseles en el seno de sus familias, y en las sociedades que frecuentan, y notese quien de ellos descubre mas alegria y afabilidad; quien se muestra mas animado; quien posee un temperamento mas igual, y á quien se le observa mas despejado y buen humor. Mientras que el activo y diligente anima y alegra discretamente á la sociedad, el indolente no solo es un peso para sí mismo sino tambien para aquellos con quienes trata á quienes molesta con su compañía. ¡A quien se le hace el tiempo mas pesado, ni mas prolongadas las horas, que al indolente y perezoso? ¡quien sino él es devorado con mas frecuencia de la negra melancolía, y obligado á buscar toda clase de expedientes para hacerse soportable á sí mismo? En lugar de tranquilidad, la indolencia produce irritacion é inquietud de animo, dá origen á impertinentes deseos que no pueden satisfacerse, y alimenta una enfermiza afeminacion que agria y corrompe todos los placeres.

Bastante queda dicho para convencer á qualquiera persona reflexiva de la necedad, culpa y miseria del estado de ociosidad. Sirvannos de estímulo estas amonestaciones para obrar en nuestras diferentes ocupaciones con la virtuosa actividad que corresponde á hombres y cristianos. Levantemonos del lecho de la pereza, distribuyamos el tiempo cuidadosamente, y aprovechemos las oportunidades que nos ha concedido la Providencia. Puede suceder que las ocupaciones materiales de nuestras respectivas profesiones no basten para llenar nuestro tiempo y atencion; y aún en la vida de los hombres mas ocupados, no faltan algunos intervalos vacios. Cuidado no se introduzcan en ellos los vicios de la ociosidad. Tengamos siempre á la mano algun empleo secundario bueno y laudable, con que llenar estos espacios vacantes que muchos dedican á diversiones perniciosas ó á una total in-

accion. No olvidemos jamás que una absoluta ociosidad tiene sus linderos muy inmediatos á los de la miseria y delito.

Procuremos al mismo tiempo ordenar el curso de nuestros negocios, de suerte que atendiendo á ellos, estemos tambien promoviendo nuestros intereses eternos. Con los asuntos del mundo mezclemos oportunamente los deberes de la religion y de la virtud, preparándonos así para un mundo mejor. De otra suerte, por muy activos que parezcamos, toda nuestra actividad vendrá á resultar al fin en laboriosa ociosidad. Llenarémos el caracter propio de cristianos solamente, quando unamos el celo piadoso de siervos de Dios con la industria que se nos exige como miembros buenos de la sociedad; quando segun la exhortacion del Apostol, seamos hallados no perezosos en los negocios, pero al mismo tiempo, fervorosos de espíritu sirviendo al Señor. *

* Rom. Cap. XII.—11.

DISCURSO III.

SOBRE EL CARACTER MORAL DE JESU-CRISTO, Y MODO CON QUE CUMPLIÓ LOS DEBERES SOCIALES.

...*Jesum a Nazareth....qui pertransiit benefaciendo.*

ACT. APOST. CAP. X. V. 38.

Jesus de Nazareth—el qual anduvo haciendo bienes.

HECHOS DE LOS APOSTOLES.

BAXO dos grandes aspectos puede considerarse la aparicion del Señor sobre la tierra. El uno, como que vino al mundo á expiar el pecado de la raza humana ante la Justicia divina, por sus sufrimientos y muerte. El otro como que vino á ser el instructor y reformador del mundo por su vida y doctrina. El primero es mas sublime, como que en su expiacion reposan todas nuestras esperanzas de perdon y de vida eterna; pero es tambien de alta importancia para los Cristianos contemplarle frecuentemente baxo el segundo, á fin de arreglar debidamente su conducta: la observacion de su ejemplo no es menos necesaria para ello que la atencion á su doctrina; porque así como por esta nos enseñó lo que debemos hacer, así por aquel nos manifestó lo que debemos ser. Por esto, los escritores graves han presentado siempre á los